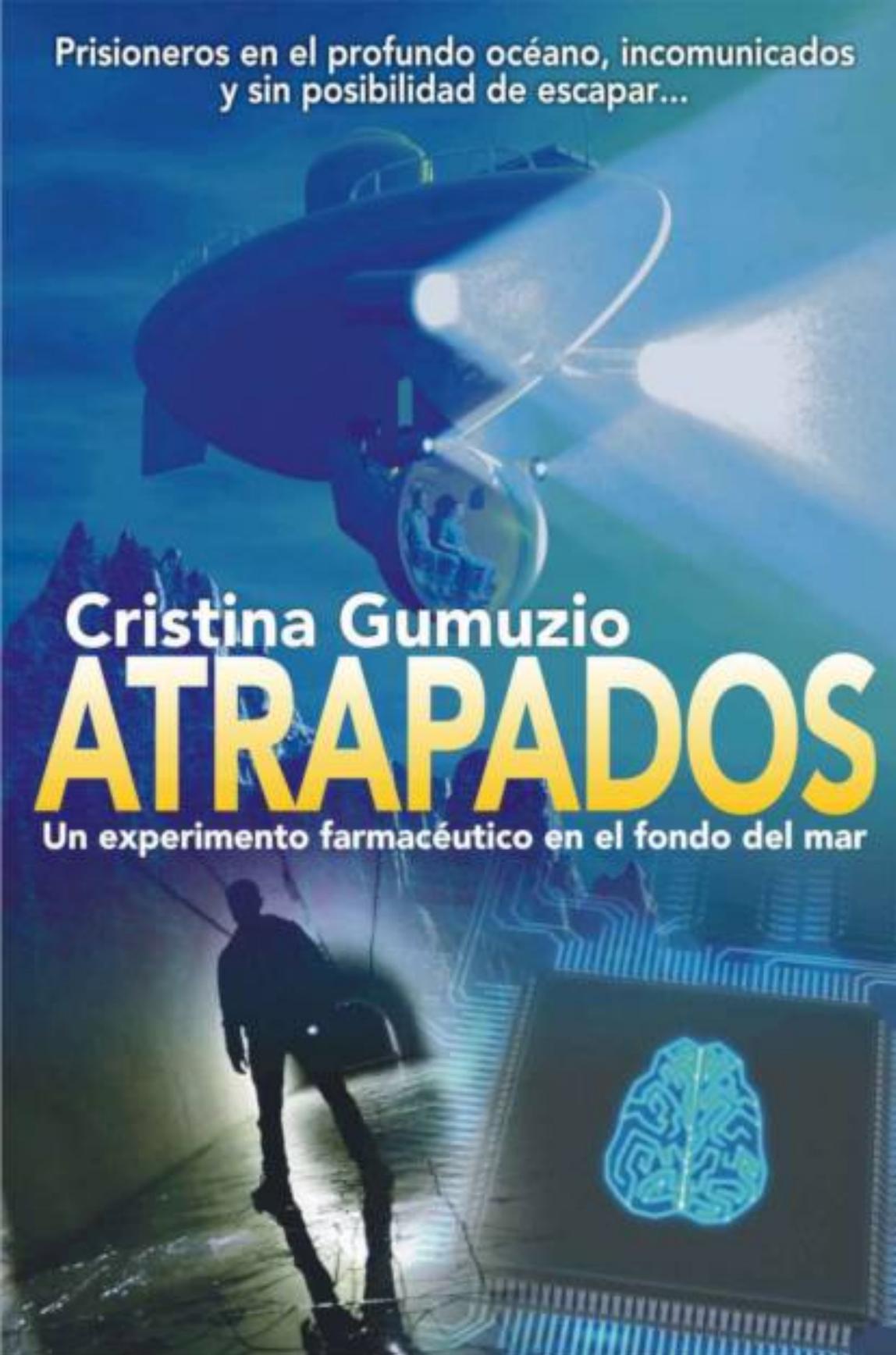


Prisioneros en el profundo océano, incomunicados
y sin posibilidad de escapar...

Cristina Gumuzio

ATRAPADOS

Un experimento farmacéutico en el fondo del mar



ATRAPADOS

Cristina Gumuzio

Este libro está dedicado a mi marido, Rafa, y a mis hijas, Natalia, María y Ana, que me han escuchado con paciencia durante el tiempo que lo he estado escribiendo.

También al resto de mi familia y amigos. No voy a citar a cada uno de ellos, porque ya saben quiénes son.

Asimismo, y en especial, quiero dedicárselo a personas muy queridas y cercanas a mí que sufrieron una enfermedad fatal. Con la esperanza de que algún día se pueda diseñar algo parecido a un Farmachip que pueda vencer enfermedades, hoy en día, incurables, como las parálisis, las degenerativas, el cáncer...

Las Arenas, 25 de septiembre de 2017

AGRADECIMIENTOS

A Ana e Iciar Elosua, por haberme animado con tanto entusiasmo.

A Enrique Aramburu, amigo y colega boticario que me ha ayudado a corregir la novela.

ÍNDICE

[CAPÍTULO I LA LLAMADA](#)

[CAPÍTULO II LA PRESENTACIÓN](#)

[CAPÍTULO III EL VIAJE](#)

[CAPÍTULO IV EL LABORATORIO CENTRAL](#)

[CAPÍTULO V LA TEORÍA](#)

[CAPÍTULO VI LA IDEA](#)

[CAPÍTULO VII PRIMEROS RESULTADOS](#)

[CAPÍTULO VIII EL HOSPITAL](#)

[CAPÍTULO IX LOS CONEJILLOS DE INDIAS](#)

[CAPÍTULO X PRIMEROS INCIDENTES](#)

[CAPÍTULO XI EL NUEVO COMPAÑERO](#)

[CAPÍTULO XII VALORANDO A LOS PACIENTES](#)

[CAPÍTULO XIII BUSCANDO SOLUCIONES](#)

[CAPÍTULO XIV SE ACLARA UNA INCÓGNITA](#)

[CAPÍTULO XV LA HORA DE LA VERDAD](#)

[CAPÍTULO XVI MARIO](#)

[CAPÍTULO XVII PLANEANDO LA HUIDA](#)

[CAPÍTULO XVIII ARRIBA](#)

[CAPÍTULO XIX ABAJO](#)

[CAPÍTULO XX EL EXTERIOR](#)

[CAPÍTULO XXI AGAT, EN GUAM](#)

[CAPÍTULO XXII LUNES, 17 NOVIEMBRE 2019](#)

CAPÍTULO I

LA LLAMADA

Todo empezó una fría y lluviosa noche de diciembre cuando Margarita Salazar regresaba a su apartamento cargada de carpetas. Una de las pruebas de la tesis doctoral le había salido mal y se llevaba a casa parte de la documentación para intentar encontrar el error. Hacía menos de un año que se había licenciado, con un expediente brillante, en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

Se cambió rápido de ropa, que estaba mojada por la lluvia, y se sentó con las piernas dobladas hacia un lado en el sofá del salón. Estaba leyendo el procedimiento, y bebiendo una taza de té, cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que era un número que desconocía. Aun así, contestó.

—Diga.

—¿Margarita Salazar? —preguntó una voz masculina y grave desde el otro lado de la línea—. Soy el doctor Emilio Glok y le llamo de parte del doctor Pereira.

Félix Pereira era el catedrático de Microbiología de la Facultad de Medicina y había animado a Margarita a realizar la tesis doctoral con él. Durante esos meses que llevaban trabajando juntos, la chica había oído en múltiples oca-

siones hablar del doctor Glok. El doctor Pereira lo tenía en gran estima, había colaborado con el científico en varias publicaciones y además decía que les unía una gran amistad.

—¿Le ha comentado el doctor que le iba a llamar? Bueno, no pasa nada, se le habrá olvidado. Conozco bien a Félix y sé que siempre está desbordado de trabajo. Pues verás, el motivo de mi llamada es informarla de que pasado mañana se va a celebrar una reunión científica muy importante y me gustaría invitarla a asistir. Ayer telefoneé a Félix para invitar a alguien de su departamento y enseguida pensó en usted. Por lo que me comentó, el tema de la reunión está muy relacionado con su tesis doctoral. ¿Qué me dice? ¿Le apetece venir?

—Pues..., no sé —contestó Margarita titubeante—. Apenas llevo unos meses trabajando en el laboratorio y quizá no tengo los conocimientos suficientes para...

—No se preocupe, por favor, si Félix la ha recomendado es porque está seguro de usted. Y le repito, la reunión va a ser muy interesante.

Margarita alargó la mano hacia la mesa y le pidió que la esperase un momento, quería coger un bolígrafo y un folio de papel. El doctor Glok le pidió que no anotase nada ya que al día siguiente, por la mañana, un mensajero le entregaría en el laboratorio la acreditación.

—Lo único que le pido es que no abra el sobre allí, ni comente nada con sus compañeros, ni con nadie de su entorno. A la reunión van a asistir científicos de renombre y todas las medidas de seguridad son pocas. Ya me entiendo...

Con el corazón latiéndole con fuerza, Margarita colgó el teléfono. Se sentía flotando en una nube. No podía creer que un científico tan célebre como era el doctor Glock la invitase a asistir a una reunión tan importante, y mucho menos que su jefe la hubiese recomendado.

En vano trató de relajarse, y de olvidar la conversación que acababa de mantener, pero su cabeza se negaba a recuperar la atención. Por mucho que se afanaba en leer y releer la documentación de la prueba, su mente volvía a repetir las palabras que acababa de pronunciar el doctor Glock.

Jueves, 13 de diciembre de 2018. Laboratorio de microbiología. Universidad complutense de Madrid.

Unos minutos antes de la hora de entrada, Margarita entró en el laboratorio de microbiología cargada con las carpetas de la prueba. Estaba impaciente por hablar con su jefe y también por recibir la acreditación. Pasaron unos minutos y empezaron a llegar sus compañeros. Entre ellos, un mensajero preguntó a gritos por Margarita Salazar. Sonrojada se acercó a él y recogió el sobre. Temía que alguien le preguntase qué era lo que le entregaban, pero nadie le preguntó nada. En el laboratorio era habitual que a diario se recibiesen revistas, libros, correspondencia, documentación variada... Por un momento estuvo tentada de abrir el sobre allí y leer la acreditación, pero enseguida se contuvo

y lo guardó en el fondo del bolso. No quería desobedecer las instrucciones del doctor Glock.

Al cabo de un rato llegó el doctor Pereira. Margarita, al verlo, se le acercó corriendo. El catedrático abrió la puerta de su despacho y la invitó a pasar.

—Me imagino de qué quieres hablarme. ¿Te llamó Emilio Glock ayer?

—Sí —respondió mirándolo fijamente—. Le agradezco mucho que haya pensado en mí, pero no sé si voy a estar a la altura de la reunión. Me preocupa no tener los conocimientos suficientes. En el laboratorio hay compañeros con más experiencia y conocimientos y...

—Por favor, Margarita —le cortó el catedrático tajante—, sí te he recomendado es porque pienso que va a ser importante para tu tesis doctoral. Espero que hayas aceptado. Ya sabes que Emilio y yo tenemos mucha amistad. Por cierto, ¿encontraste ayer el fallo de la R64?

—Me llevó unas cuantas horas encontrarlo, pero al final lo encontré. Acabo de montar la prueba para repetirla.

—Perfecto. Si no me quieres comentar nada más, vamos a empezar a trabajar. Hoy tenemos por delante un día complicado.

Margarita volvió resignada a su puesto. No se atrevía a preguntar nada más a su jefe por temor a molestarlo y el resto del día lo pasó concentrada entre sus placas Petri y sus tubos de ensayo y no pensó ni un segundo más en el doctor Glock.

A las ocho de la tarde salió del laboratorio. Mientras bajaba las escaleras de la facultad le volvió a la cabeza la conversación con el científico y un escalofrío le recorrió el cuer-

po. Nerviosa, aceleró el paso. Tenía ganas de llegar a su casa y abrir el sobre. Para su sorpresa, Mario, su novio, la estaba esperando en la puerta de la facultad.

—¡Marguiiii! —saludó sonriente— Me acaban de anular la guardia de esta noche. ¿Vamos a tomar algo?

Mario era internista y trabajaba en el Hospital Clínico de Madrid. Precisamente se conocieron allí, un par de años atrás, cuando Margarita fue al departamento de medicina interna a realizar las prácticas. Desde entonces salían juntos aunque ella se estaba planteando poner fin a la relación. Mario era muy celoso, pretendía controlarlo todo y esto la asfixiaba.

El encuentro con Mario le puso más nerviosa. No tenía ninguna gana de ir a cenar y además había dormido mal y estaba cansada, pero ante la mirada suplicante de él no le quedó más remedio que aceptar.

Empezaba a nevar cuando llegaron al restaurante. Mario eligió una mesa que daba a un jardín interior y la animó a que mirase por la ventana. La nieve estaba cubriendo toda la hierba.

La chica tenía la cabeza en otra parte y se mostraba ausente.

—¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo en el laboratorio?

—No, no, estoy bien —contestó ella intentando sonreír.

—Ya sabes que no puedes engañarme. Te conozco muy bien y sé que te pasa algo.

—Es que me han pedido que no comente nada aunque realmente es una tontería no contártelo y además...

Margarita le explicó a grandes rasgos lo de la invitación mientras Mario la acosaba a preguntas. Pretendía conocer

todos los detalles; dónde era la reunión, qué científicos iban a asistir...

—No he oído nada de esto en el hospital y me parece raro —dijo él—, mi jefe es de los que no se pierden una cosa así. Déjame ver la acreditación.

—Es que no la tengo aquí —mintió ella—. Me la he dejado en el laboratorio.

Margarita estaba harta de dar explicaciones a su novio y de que éste metiese las narices en todos sus asuntos. Además, no se fiaba de lo que pudiera hacer. Era tan quisquilloso y obsesivo que era capaz de presentarse en el lugar de la reunión.

Al acabar el café le pidió que la llevase a casa. No podía dejar de bostezar. Una vez en el portal, Mario insistió en subir un rato, pero ella le imploró que se marchase a su casa.

—Perdóname, pero esta noche he dormido fatal. Si no me meto en la cama, mañana no me voy a enterar de nada.

—De acuerdo, te quiero, llámame mañana y me lo cuentas todo. Y cuídate...

—Vale, vale, yo también te quiero, Mario —dijo ella mientras se abrazaban y se despedían con un beso en el portal.

Nada más entrar en casa, Margarita abrió el sobre. Se moría de impaciencia por saber dónde se iba a celebrar la reunión. Le sorprendió ver que en su interior había otro sobre más pequeño, de color azul, con una nota pegada a su anverso. La nota decía: CONFIDENCIAL. Intrigada, cogió el sobre azul y lo abrió. Dentro había un billete de avión y un

post-it, pegado a él, donde explicaba que la recogerían en el aeropuerto internacional de Moscú. Margarita miró atónita la nota y el billete de avión. No daba crédito a lo que estaba leyendo. ¿Qué significaba todo eso? Por unos instantes pensó en no acudir a la reunión. Le parecía desproporcionado que la hiciesen viajar a Moscú para asistir a una ponencia. Sin embargo, al recordar la conversación con el doctor Pereira, entendió que no se podía echar atrás. Sabía que se iba a molestar por ello y que podría tener consecuencias negativas en su tesis doctoral. Cogió el teléfono móvil para llamar a Mario y contarle dónde era la reunión, pero se encontró con que había un problema de conexión en la red. Cómo en la zona donde vivía a menudo sucedían este tipo de problemas con la cobertura telefónica, no le extrañó. Preparó una bolsa con ropa para un día y una libreta para tomar notas y se metió en la cama. Apenas iba a poder dormir unas pocas horas, el vuelo partía a las seis y media de la mañana.

Pasó toda la noche inquieta y agitada, entre sueños extraños y pesadillas. Por la mañana, cuando sonó la alarma de su móvil, intentó de nuevo hablar con Mario, pero le resultó imposible. Su teléfono móvil continuaba sin poder establecer conexión.

CAPÍTULO 2

LA PRESENTACIÓN

Viernes, 14 de diciembre 2018. Hotel Metropol, Moscú

En la sala de espera de Seremeteivo II, el aeropuerto internacional de Moscú, un par de individuos, altos y corpulentos, esperaban a Margarita portando un cartel con su nombre. Sasha se llamaba el más corpulento de los dos y, nada más identificarla, le tendió serio la mano y le indicó que los acompañara. Margarita era la primera vez que viajaba a Rusia y fue todo el trayecto hasta el hotel mirando con interés a través de las ventanillas del coche. Moscú estaba especialmente bonito ese día, todo cubierto de blanco. Las cúpulas doradas de las iglesias competían con la nieve para mostrar su intenso brillo.

A las dos y media de la tarde llegaron al hotel Metropol. Sasha cogió el pasaporte de la chica y se acercó al mostrador de recepción. Tras unos minutos de conversación con el recepcionista, se acercó a Margarita y le entregó la llave de la habitación.

—Lamento no devolverle el pasaporte ahora, pero en recepción tienen que escanearlo —explicó en un inglés de-

ficiente—. No se preocupe. En un rato se lo entregarán. Suba a su habitación y espere a que la avisen.

Margarita se despidió de los dos hombres y se quedó unos minutos admirando el enorme vestíbulo del hotel. Todo le parecía majestuoso; la entrada, la escalera, los pasillos... Los techos eran muy altos y la decoración exquisita y cuidada. Luego subió a la habitación. Estaba cerrando la puerta cuando el teléfono de la mesilla comenzó a sonar.

—Diga —contestó, sentándose en el borde de la cama.

—Buenas tardes, Margarita —saludó el doctor Glok con una voz alegre — ¡Bienvenida a Rusia! ¿Qué tal el viaje?

Margarita le dijo que todo estaba bien pero que no sabía dónde debía presentarse.

—Tranquila, tranquila, dispone de unas horas para descansar. Han surgido problemas en los vuelos de algunos de los asistentes y hemos tenido que aplazar la reunión hasta las siete de la tarde. A las siete menos cinco, si no surge ningún otro inconveniente, mi secretaria personal le pasará a recoger por la habitación. Por cierto, el hotel tiene un restaurante excelente y la organización quiere que disfrutemos al máximo de nuestra estancia aquí. Le sugiero que encargue que le suban algo de comer. Pida lo que más le apetezca. Descanse y disfrute de su comida. Nos vemos en un rato.

Nada más colgar el teléfono, Margarita bajó a la recepción. Quería recoger el pasaporte y caminar hasta el Kremlin. Desde el coche había visto que se encontraba a pocos minutos andando del hotel. El recepcionista le dijo que el escáner del hotel se había estropeado y que no se lo podía entregar de momento. Se acercó a la puerta de entrada y